

me es adicta en cuerpo y alma, Susana Carol... Hija de un extravío de la juventud...; pero hay faltas excusables, y en este número se cuenta la de Susana, á la que no quiero menos... ó á la que quizás quiero más por eso mismo, porque ha llevado hasta el heroísmo su amor por esta niña. Blanca es nerviosa, inquieta, enfermiza, descontenta, quizás, de su suerte y con aspiraciones poco en armonía con su origen, nacidas, seguramente de su educación... ¡y yo soy quien se la he dado!... Prometeme—añadió como quien suplica—ser para ella una amiga, una consejera, un apoyo, una hermana....

—Sí, señora.

Una lágrima asomó á los ojos de la duquesa.

—No sabéis cuanto os lo agradeceré.

La duquesa se levantó.

—Ahora, dijo—estais las dos bajo mi protección.—No temais nada: vuestro porvenir está asegurado.

Margarita se apoderó de la hermosa mano de la señora de Maillepré y la besó.

Diez minutos más tarde, Mr. Godet entraba á ver á su amiga y la encontró radiante.

—¡Ah!--le dijo la duquesa—¡qué niña tan encantadora!

—¿Estais contenta?

—Más que contenta.

—Entonces se realiza lo que yo pensaba ayer.

—¿Qué pensabais, amigo mío?

—Que toda buena acción lleva en si misma la recompensa, y que María Magdalena

es la felicidad que viene á vuestra casa.

La duquesa no contestó, pero dirigió una tierna mirada al retrato de su marido.

VIII

A falta de una... otra.

Algunas horas después, Margarita paseaba sola por las arboledas del parque, pensando en su conversación con la señora de Maillepré.

La joven se consolaba diciéndose que podía aceptar sin remordimientos la modesta posición que la duquesa le ofrecía, en cuyo servicio pondría todo su cuidado, ya que no hacía con ello daño á nadie: por primera vez descendía la paz á su alma atribulada.

En aquel instante se desarrollaba en París una escena bien diferente.

Roland Beroult de Serigné se paseaba á lo largo de su gabinete presa de gran preocupación.

Había pasado la hora en que debía presentarse Margarita, pero él la esperaba aun, y esperándola reflexionaba que iba á tocar el fin de aquella lucha tan penosa, triunfando de la víctima tan infamemente torturada por su salvaje ferocidad.

Y en esa hora del triunfo, en el instante en que su victima se le sometía, vibrando sus nervios de cólera, herido profundamente su corazón, pensaba él que le debía una reparación y que se la daría cumplida, comprometiendo á proporcionar una existen-

cia dulce á quien le debía horas tan tristes, que se esforzaria en hacérselas olvidar.

Acariciando estos proyectos, consultaba el reloj, que señalaba lentamente el tiempo que pasaba sin que Margarita apareciese.

El secretario general sentia los primeros sacudimientos de la impaciencia, cuando se abrió la puerta del despacho y entró el portero.

—¿Qué hay?—preguntó tranquilizándose.—¿Una señora?

—No, señor.

—No recibo hoy.

—Pero...

—No admito observaciones. Salid.

El portero insistió.

—Es un señor que dice que cuando vea su tarjeta el señor secretario general, dará orden para que sea introducido.

—¡Ah!

—Esta es.

Roland Beroult tomó la tarjeta, y cuando leyó el nombre que contenia, cambió de actitud.

—Hacedle entrar.

Enseguida salió al encuentro del visitante.

—¡Querido Mr. Giraud! ¡Cuánto gusto de veros!

Era efectivamente Mr. Giraud, el juez de paz de Serigné, que acababa de ser nombrado juez del tribunal de Saumur, y se consideraba en condiciones de subir muy alto en poco tiempo.

—¿Vos en París?

—Es natural. He sido nombrado ayer y hoy debía venir á demostraros mi gratitud. ¡Ah! Sois hombre de palabra.

—Aun falta lo mejor—dijo el secretario.

—Así lo espero,—contestó Mr. Giraud, como si se tratase de una cosa muy natural. —Entretanto—añadió—aprovecho mi viaje para daros noticias del país.

No eran ciertamente muy favorables; el juez de paz lo dijo francamente. Se continuaba hablando de las jóvenes Souvray, sobre todo de la muerte miserable de la menor en París, que era muy lamentada, recordando sus bondades con todo el mundo.

Peschard recorría la ciudad y las granjas propalando astutamente rumores perjudiciales y aparentando saber cosas enormes, haciendo alusiones muy transparentes á los Beroult, sin que hubiese manera de reducirlo al silencio.

El mismo juez de paz lo habia llamado á su casa y le habia reprendido severamente, amenazándole con un proceso; pero el viejo se echó á reir, diciendo:

—No temo nada, señor, porque los calabozos no se han hecho para los hombres honrados y se sabe muy bien que yo no he robado á nadie.

Añadiendo en tono de mofa:

—¿Será por ventura el señor Beroult quien se haya quejado?

Este Peschard era una lengua viperina; pero qué hacer? Cuando por casualidad le veía Brígida, que apenas salía y estaba hecha un esqueleto, daba grandes rodeos para

no encontrarlo frente á frente y huía de él como del cólera.

El juez de paz, al hacerse eco de estas novedades, estaba á la vez jocosos y compasivo, y no parecía sino que amparaba al secretario general con su protección.

En el fondo, se hacía cargo de la situación, aspirando á sacar de ella el mejor partido posible.

Así, sin descubrirse demasiado, dejaba entender á su joven amigo que sabía mucho, adivinando lo que ignoraba, y que entre los dos, Roland era el obligado.

Por lo demás, no ocultaba su alegría por el nombramiento, alegría turbada únicamente por la idea de que su cara mitad no encuadraba muy bien en el marco de grandezas con que él soñaba.

—¡Ah!—pensaba muchas veces.—¡Si tuviese por mujer á la hermosa Margarita Souvray!

De pronto, siguiendo el curso de sus ideas, preguntó por el paradero de la huérfana.

—No sé—dijo Roland Beroult con afectada indiferencia.

—¿Lo ignoráis, siendo vuestra misión saberlo todo?

—Pues lo ignoro—repitió el joven levantándose.

El juez de paz hizo como que no entendía la advertencia y continuó arrellanado en su sillón.

Y observando que Roland miraba al reloj, dijo:

—Verdaderamente, querido amigo, os veo impaciente. Si os incomodo, decidlo con franqueza.

—No me molestais. Es que espero una visita.

—Entonces estoy de más aquí.

—De ningun modo...

El acento desmentía las palabras de Roland.

Mr. Giraud se levantó.

—¡Ah, libertino!—dijo con familiaridad.

—Ya caigo... Alguna niña...

—Quizás.

—Vaya, tranquilizaos, os dejo; pero tendría curiosidad por verla.

—Imposible.

Mr. Giraud tomó su sombrero y se retiró lentamente esperando que se abriese la puerta y apareciese en ella la dama misteriosa; pero se equivocó en sus cálculos: la puerta solo se abrió para darle paso.

Al quedarse solo Roland, dió libre curso á sus inquietudes primero y después á su cólera.

Había pasado hacía tiempo la hora convenida y presintió que había sido engañado al recordar ciertos gestos y miradas de Margarita y lo que había vacilado antes de consentir en volver. ¿Cómo la dejó escapar teniéndola en sus manos?

A medida que pasaba el tiempo, se desvanecían sus dudas. Margarita había debido decidirse á conitnuar la lucha y esquivar huyendo el compromiso de cumplir una promesa arrancada violentamente.

Rolanú se acusaba de no haber tomado las precauciones más sencillas y de haberla librado de su vigilancia. Entónces su irritación llegó al furor.

A las nueve de la noche envió á su fiel Bordier á enterarse.

A las diez volvía para decir á Roland Beroult que la joven había desaparecido hacía cuarenta y ocho horas de su casa, según los informes del portero, y que registrada la habitación no se encontró rastro alguno de su itinerario.

—Es preciso encontrar á esa joven: lo quiero. ¿Podéis conseguirlo?

—Lo procuraré...

—Se pagará espléndidamente. Cincuenta luises si me decís en dónde se halla, muerta ó viva.

El secretario general sacó quince luises de su caja y los entregó al agente, que se guardó lentamente el dinero y salió.

Roland Beroult no tardó en seguirle. Su decepción había sido enorme. Por espacio de algunos días estuvo casi loco. Todas las tardes, Bordier, con la cabeza baja, iba al despacho de su jefe como un perro que corre inútilmente el monte durante todo el día. Al cabo de tres semanas, Bordier se declaró vencido; todos sus esfuerzos, todas sus tretas, todas sus averiguaciones habían sido inútiles. Margarita no parecía por ninguna parte. A su juicio, la desgraciada joven había debido suicidarse; el Sena guardaba, de seguro, su cadáver en sus más ocultos fondos.

Con esta horrible información, el secretario recobró en parte su tranquilidad. Sin duda, era un desastre para su amor, pero una vez muerta, ni ella sería de otro, ni tenía por qué temerla. Esto era ya un éxito.

Si no tenía la amante carnal, le quedaba otra, á la que podía ligarse libremente: la fortuna, que se le aparecía personificada en Blanca Carol.

Una tarde escribió esta carta:

«Mi bien querido:

»No podría vivir mucho tiempo sin vos. Escribidme, os lo ruego, y decidme el medio de que podamos hablar nada más que un instante. Una sola palabra, y estaré á vuestro lado. Mi pensamiento vuela hacia esos sitios, llevándoos mil besos. Os ama.

»R. DE S.»

Encerró esta carta en un sobre, metió éste en otro, y escribió esta dirección:

«Señorita Justina Savart, doncella en el palacio de Maillepré. Bourges (Cher.)»

IX

Días de calma.

Justina Savart era una criada de treinta años escasos, morena, vivaracha y complaciente, de ojos vivos y de modales desenvueltos, casi fogosos, de boca pequeña y manos bien cuidadas, que se había dejado tentar

más de una vez por el diablo, y que era, á su vez, capaz de tentar á cualquiera.

Nacida en una granja de Maillepré, se distinguió desde sus primeros años por lo gentil de su figura. La duquesa la tomó á su servicio al cumplir los quince años para elevarla gradualmente al rango de segunda camarista, bajo la férula de la fria y severa Susana Carol; así vinieron á juntarse dos naturalezas tan distintas como el agua y el fuego.

Susana Carol no quería á Justina; más de una vez había dicho á su ama que aquella muchacha era una loca y una casquivana, que le proporcionaría muchos disgustos, lo cual no dejaba de ser exacto. ¡Pero era tan triste Maillepré! ¡Y justina era tan alegre, tan ocurrente y tan graciosa! Justina completaba, pues, el parque de Maillepré, y por esta razón la duquesa había tenido que perdonarle más de una escapatoria, conservándola á su lado como conservaba los corpulentos árboles, cuyo ruido le era grato, y como las flores de sus jardines. Verdad es que la duquesa ignoraba muchas cosas que hubieran seguramente despertado su cólera, porque Justina era maestra en el arte del disimulo. Poseyendo todas las condiciones apreciables de los graciosos de comedia, Justina tenía tambien todos los defectos, ó por mejor decir, los vicios de aquellos. Además había tenido la desgracia de tropezar en su camino con un genio maléfico: este angel malo era M. Roland Beroult de Serigné.

Cuando este descubrió el secreto de la ig-

norada fortuna de Blanca Carol, tuvo necesidad de un auxiliar ó de un cómplice para realizar sus planes, cómplice que no era difícil de hallar.

Justina era la encargada de acompañar á Blanca cuando iba á pasar algunas horas en Maillepré.

Al verla Beroult, conoció el partido que podía sacar de ella y le costó poco trabajo convertirla en su aliada, representando ante ella la comedia del amor, cuidando de advertir que era rico, obstinado en sus empresas y dispuesto á pagar á cualquier precio la ayuda que se le prestase.

Hacía tiempo que Justina olfateaba un misterio en el origen de Blanca, y si no hubiera sido por el respeto que le inspiraba la duquesa, habría pensado que entre la madrina y la presunta madre de la joven estaban invertidos los papeles; porque la severa y glacial Susana era tan inaccesible á la seducción, así fuese por el hombre más hermoso, como capaz de todos los sacrificios, incluso el de su honor, por ayudar á su dueña á salir de un mal paso. Quizás esto contribuyó en parte á facilitar su inteligencia con Roland Beroult, mediante una prima pactada previamente, en caso de éxito; es decir, de matrimonio. Por su causa, pues, se cernía una nube, invisible todavía, en aquel horizonte sereno y hermoso de Maillepré, transformado desde la llegada de Margarita Souvray.

Al día siguiente de aquel en que Roland Beroult había dirigido una carta á Blanca

Carol por conducto de Justina, M. Godet encontró, al terminar su paseo matinal, á la duquesa de Maillepré, que había rejuvenecido diez años lo menos.

M. Godet la examinó, admirado, de pies á cabeza.

—No necesito preguntar por vuestra salud—dijo,—al veros fresca como la aurora, radiante como el sol de mayo. Teneis la felicidad desde el día en que vino María Magdalena..

—Es verdad.

—¿Sois dichosa ahora?

—Casi dichosa.

El rostro de Godet expresó una satisfacción profunda.

—No podéis comprender—dijo—el placer que me proporcionais, por dos razones.

—¿La primera?

—Porque soy vuestro amigo.

—¿La otra?

—Porque se realizan mis previsiones. María Magdalena es una hada en la casa. Ya ha conquistado á todo el mundo, hasta á Blanca.

—Tenéis razón, y sin embargo, me admira que esa pobre joven tenga momentos de mortal tristeza.

—Eso no tiene nada de extraordinario. No se opera una metamorfosis en veinticuatro horas. Después de una juventud difícil, se encuentra bien acogida, objeto de atenciones y cuidados que han debido faltarle; pero esto no es una razón para que esté riéndose á carcajadas ó bailando á todas horas,

Yo, por mi parte, la encuentro cien veces mejor con su gracia melancólica y su grave dulzura: es la expresión que mejor cuadra á su belleza.

—¿Es graciosa, verdad?

—¿Cómo graciosa?—gritó entusiasmado Mr. Godet.—Si yo tuviera cuarenta años menos, depositaria á sus pies mi fortuna, mi nombre y mi vida. Decid, adorable, duquesa, hechicera... Un sueño.

En aquel instante dibujóse en el extremo de la avenida una silueta abultada, confusa en aquel momento, que subía la escalinata del parque. Conforme se aproximaba iba tomando formas precisas, y pronto se pudo distinguir una blusa azul, y un kepis con cintas rojas.

Era el cartero. Al aproximarse al banco, llevó la mano á la visera haciendo un saludo militar, abrió su baliya y sacando algunos periódicos y cartas los entregó á la duquesa, que le dijo con familiaridad:

—Buenos días, Miraud; hace mucho calor, amigo mío, id á que os den para refrescar.

Miraud se limpió el sudor de la frente con la mano y no se hizo rogar. Cada oficio tiene sus gages: el de cartero es rudo; pero es raro que no tengan todos una silla á la lumbré y su cubierto en la mesa en dos ó tres buenas casas. Maillepré era la mejor etapa del buen Miraud.

Momentos después de saludar á la duquesa estaba instalado en la cocina, al lado de Justina Savart, á la que cortejaba con promesa de matrimonio, porque le convenían la

graciosa muchacha y sus ahorros, los ahorros más que la muchacha. Los mozos de la cuadra y los marmitones de Maillepré se burlaban del pobre diablo; pero en el fondo nadie conocía los sentimientos de Justina. Esta perseguía un fin, y cualquiera que fuese, aquella mañana hablaba con Miraud como si hubiese querido positivamente volverle loco. Le asediaba con miradas homicidas, dejándole disfrutar de sus privilegios de pretendiente en el ejercicio de sus funciones, permitiéndole besarla en las mejillas.

—¿No hay cartas hoy?—dijo la criada á su problemático futuro.

—Sí.

—Dámelas.

Miraud sacó de la balija la carta de Roland, exclamando:

—¡Vaya un endiablado oficio que tengo, Justina.

—¿Por qué?

—Porque...

—¡Trae esa carta, imbécil!

Miraud sonrió como un tonto.

—Ya te he dicho que quiero ser obedecida.

—Eso es lo que hago—dijo el cartero, humilde como todos los pretendientes.—Sin embargo, estas cartas vienen de París, y son quizás cartas de amor.

—¿No te he dicho ya que no son para mí?

—¿Para quién son entonces?

—Para alguien que debe hacer un buen matrimonio—dijo ella bajando la voz,—gra-

cias á esta correspondencia. Es todo lo que sabréis, y, por tanto, basta de cuestiones. ¿No es así?

Justina suavizó esta orden con una caricia, y al ver que empezaban á entrar los marmitones en la cocina, guardó la carta en su bolsillo.

Miraud se bebió un gran vaso de vino para prepararse á hacer el resto de su carrera, y salió.

Entre tanto, la duquesa repasaba en el parque su correo.

—Mirad—dijo á M. Godet;—todas las felicidades á un tiempo.

—¿Qué felicidades?—preguntó el viejo, engolfado en la lectura de un periódico.

—Lignerés está ya curado...

—Tanto mejor.

—Y viene.

—¿Solo?

—No, con su madre.

—¡Ah! Tanto peor—dijo M. Godet, volviendo á su lectura.

Pero la duquesa no le dejó.

—Nunca habéis simpatizado con mi prima de Lignerés—le dijo.

—Desde luego—añadió el viejo.—Siempre ha sido fea... Grande, huesosa, seca de cuerpo y de carácter; maldiciente, afectando ridícula severidad y un desprecio profundo para todo lo que no es de su clase, y, por fin, un respeto extravagante á las conveniencias y reglas del honor, según el Evangelio del barrio de San Germán...

—Exagerais, amigo mío,

- Nada absolutamente, ya lo sabéis.
 —Sea; os la abandono; pero su hijo...
 —El hijo sería perfecto si estuviese menos apegado á su madre, si fuese más hombre en su presencia...
 —Es valiente...
 —No digo lo contrario.
 —Se portó admirablemente en la guerra.
 —Sin duda; pero no fué el único.
 —Su herida fué de las más graves.
 —Espero que no nos mortificarán los oídos á toda hora con esa noticia.
 —Es probable.
 —No; es seguro... Conozco á la marquesa.
 ¿Van á estar aquí mucho tiempo?
 —Hasta el otoño.
 —Mucho es... ¿Los Ligneres son parientes vuestros?
 —Primos segundos.
 —Se les recibirá bien... Pero la marquesa me ataca los nervios. Me recuerda á un viejo obispo que conocí. No sé por qué, cuando la veo, me entran ganas de pedirle la bendición...
 —Pero—añadió interrumpiéndose,—¿no hablabáis de otra noticia?
 —En efecto, leed—dijo la duquesa mostrándole una carta.
 —¡Hombre! es de Pedro.
 —Del mismo.
 —De nuestro buen sobrino,—dijo monsieur Godet, poniéndose los quevedos.

«Mi querida tía:
 «Os escribo desde Alejandría. Llegaré á

Marsella casi al mismo tiempo que esta carta y á Maillepré algunos días después; y escuso decir la dicha que me proporcionará el volver á veros. Esperemos que el fin de este año sea menos triste que sus comienzos, señalados para mí por dos grandes pesares, la pérdida de mi madre, vuestra hermana, que tanto os quería, y la malhadada guerra conque se ha visto afijido nuestro país.

»Siguiendo vuestros consejos y los de Mr. Godet, he viajado para desvanecer mis ideas de reclusión; pero estas no me han abandonado. Vuelvo, por consiguiente, indeciso, como partí. Esperaré hasta octubre para adoptar una resolución definitiva...; pero puedo deciros, á riesgo de causaros profunda pena, que ya casi la tengo tomada en mi espíritu.

»Quiero retirarme del mundo, porque no le amo y me encuentro mal en él. ¿Qué queréis? Esto puede más que yo. Por los demás, ya hablaremos á mi vuelta.

»Os agradecería que diéseis una vuelta por Meillant, lo que os servirá de paseo, á fin de ver si se han seguido mis instrucciones y está todo en buen orden.

»Hasta bien pronto, mi querida y buena tía. Permitidme abrazaros con ternura filial y decid á nuestro buen amigo que también le abrazo.»

El viejo se interrumpió.

—¡Cómo querría yo á la mujer que se hiciera amar de él, arrancándole esas deplorables ideas!

Después de decir esto, acabó la lectura de